

Nuestro tío, que tenía en Innsbruck una fábrica de tabaco y en Stams lo que se llama una casa de recreo y al que, por esa razón, llamábamos nuestro tío de Innsbruck, pidió el día de Año Nuevo de mil novecientos sesenta y siete, en la estación central de Innsbruck, un billete de ida y vuelta a Merano y, realmente, subió a un tren que se dirigía a Merano, con una cantidad de equipaje desusadamente grande, como nos dijeron algunos testigos. Sin embargo, jamás llegó a Merano y nadie ha sabido nunca nada de él, aunque las investigaciones no se interrumpieron hasta después de dos años de intensas pesquisas. Entretanto se ha cerrado la fábrica de tabaco y vendido la casa de recreo, porque los gastos de esas investigaciones se han tragado todo el, así llamado, capital líquido dejado por nuestro tío de Innsbruck. Para la fábrica de tabaco, en la que trabajaban trescientos obreros que, entretanto, ha habido que despedir, no se ha encontrado hasta ahora comprador, porque la demanda de tabaco ha bajado en los últimos años y la fábrica de nuestro tío está realmente anticuada. Se dice, sin embargo, que habrá que venderla cuando los abogados que han intervenido en la búsqueda de nuestro tío reclamen sus honorarios, como es natural elevados. Todas las primaveras pensamos que, hacia mediados de mayo, íbamos a Innsbruck y, en Innsbruck, dormíamos en casa de nuestro tío, para dirigirnos al día siguiente, muy de mañana, a Stams, con objeto de pasar varios días en su casa de recreo, leyendo y paseando por los bosques de los alrededores. Estamos convencidos de que nuestra salud de años, de la que disfrutamos, debe atribuirse sobre todo al hecho de que, dos veces al año, en la primavera y en el otoño, íbamos a Innsbruck y Stams a casa de nuestro tío. A la desgracia que, indudablemente, le ocurrió a nuestro tío en su viaje a Merano hay que atribuir el que, cuando salimos de viaje, no pidamos ahora jamás un billete de ida y vuelta, sino un billete sólo de ida.